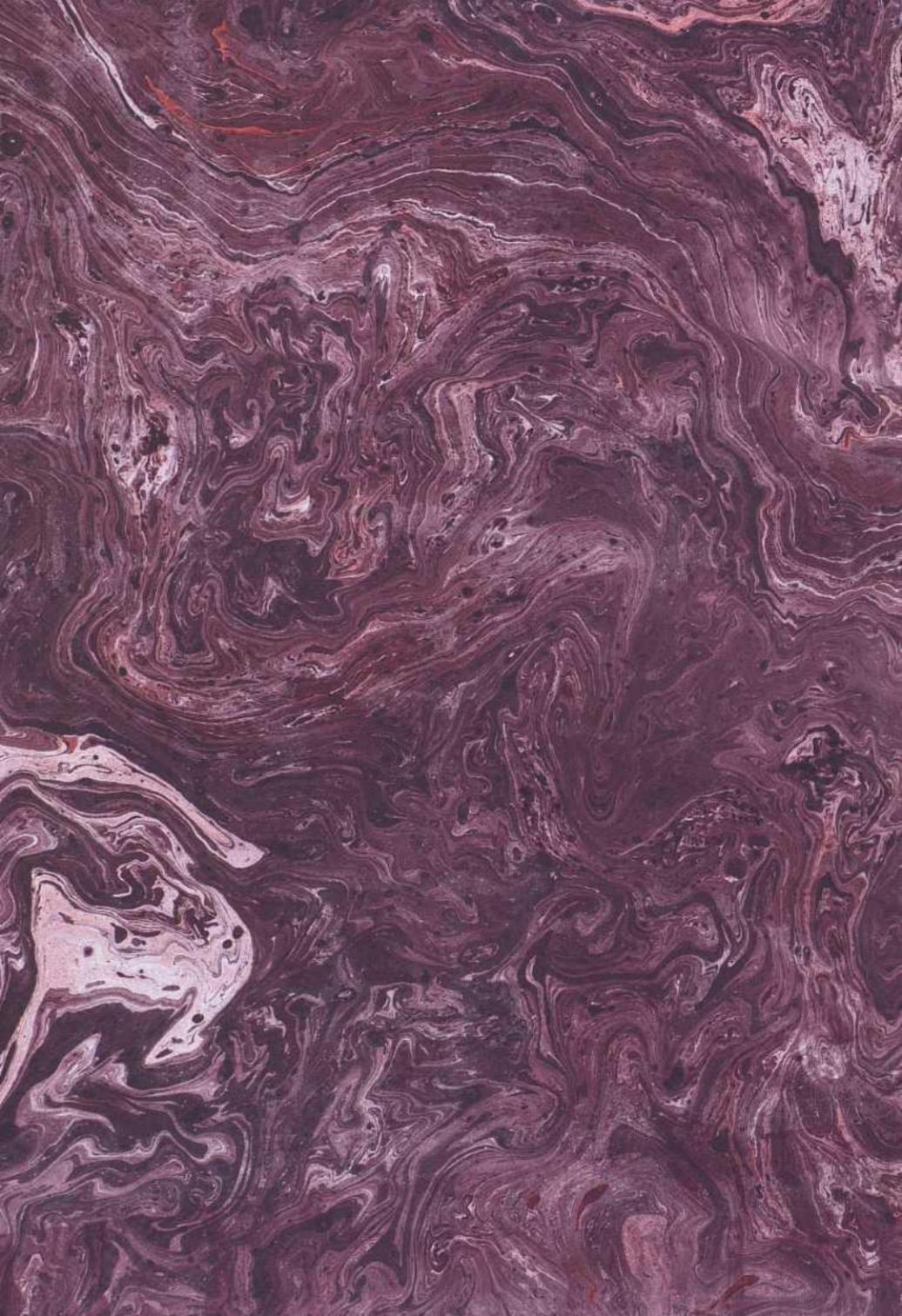
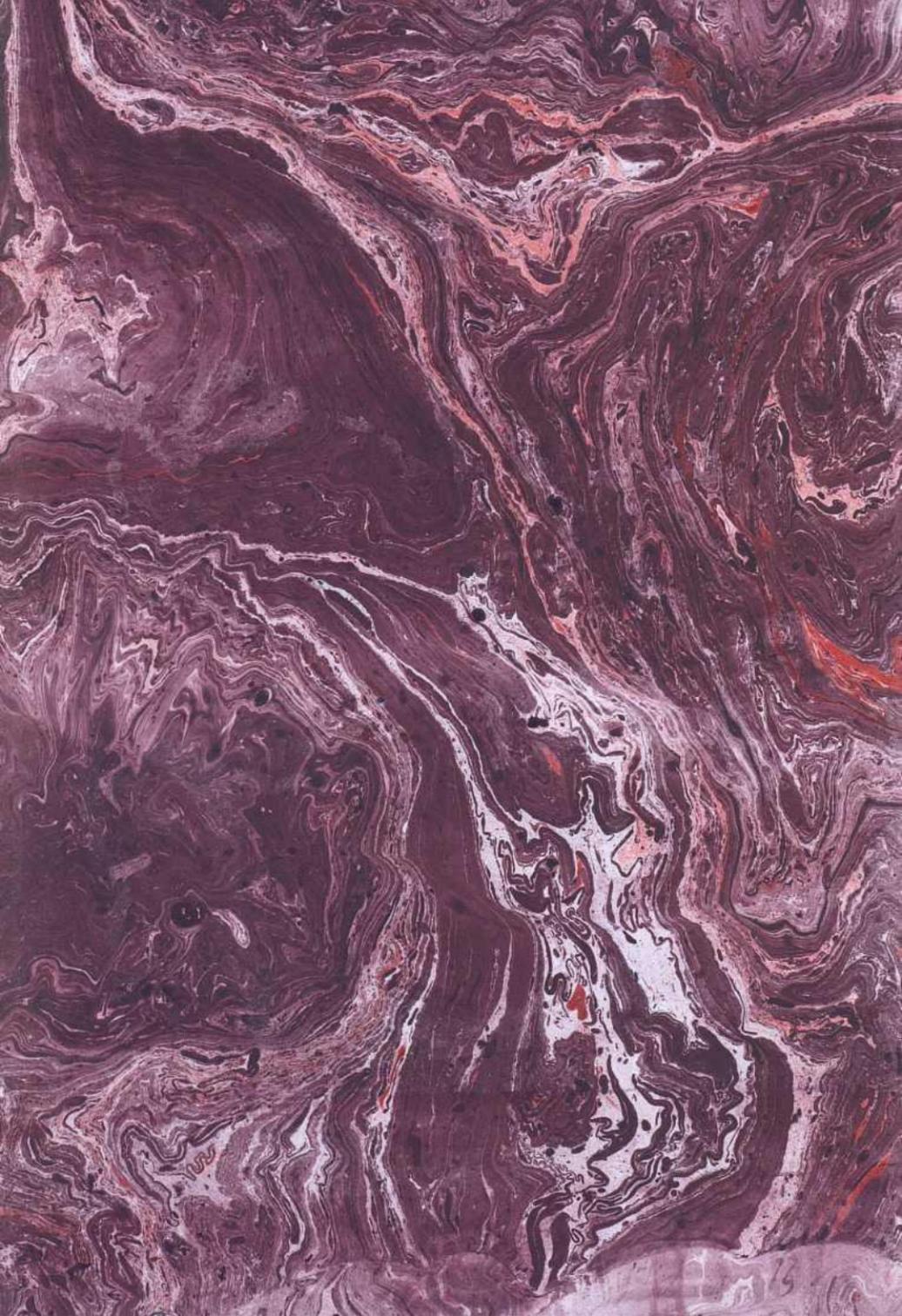


FAN  
XIX  
105









796 .5

9104(GR)  
CAS  
sic

**NO SE PRESTA**

Sólo puede consultarse  
dentro de la sala de lectura

# SIERRA NEVADA

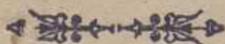
UNA EXPEDICION AL PICO DE VELETA

DESDE

LOS BAÑOS DE LANJARON

POR

D. MANUEL CASADO



R. 56.166

MÁLAGA

TIPOGRAFIA DE POCH Y CREIXELL

Marques, 4, 6 y 8

1896



ZIERRA NEVADA

LA FORTUNA DEL PICO DE ANITA

LOS BAÑOS DE LANAIKON

MANUEL CASADO

GRUPO EDITORIAL DE MICH Y BIELLA

1988

1808

---

I

El hombre se encuentra constantemente animado por un bendito anhelo de contradicción. Sea antagonismo del espíritu y de la materia, sea consecuencia del pecado, sea falacia del criterio, sea lo que se quiera, es incuestionable que nunca marcha más á gusto que cuando va contra lo natural y lo corriente.

Así estamos siempre deseando que haga calor cuando debe hacer frío, y recíprocamente echamos de menos el frío cuando hace calor: si llueve, ¡que humedad! si no llueve ¡que sequía! el ruido nos incomoda y aturde; si no lo hay, nos consume el tédio y el fastidio. Si un sentimiento tiende a rebajarnos, por lo mismo nos complacemos en subsanarlo hasta lo infinito, y en fin, porque la tierra nos está constantemente llamando hácia su seno, nos empeñamos en huirle, viviendo y elevándonos.

Esta última es la explicación mas clara que yo me doy del gusto que tan generalmente se experimenta por las ascensiones y por un efecto del cual nos decidimos á hacer una al picacho de Veleta varios concurrentes á las aguas de Lanjaron.

Pero no es todo decir y hacer. Si no se tratara más que de ir subiendo poco á poco, tomando los descansos correspondientes para llegar, antes ó después, a catorce mil pies sobre el nivel del mar, la cosa no pasaría de ser lo usual y sabido; pero es que hay sus diferencias en las ascensiones como en todo, y la del pico más culminante de Sierra Nevada, si bien tiene muchos puntos de contacto con la del Monte Blanco, el de San Gotardo y demás tan descritos por los viajeros, se encuentra adornado de circunstancias especialísimas que le dan mayor atractivo: tales son, por ejemplo, los ladrones y el calor, accidentes peculiares de nuestra zona y de nuestro suelo: tales son también la carencia de guías y la dificultad de proveerse de esas mil pequeñeces que frecuentemente deciden del éxito de semejantes expediciones.

Proyectada la nuestra con un respetable número de adherentes, nos la prometíamos desde luego feliz y animada; pero si ya he dicho que la subida á Veleta tiene mucho de excepcio-

nal, la que se hace por el lado y por la sociedad de Lanjaron tiene tambien algo de particular ya favorable, ya adverso. Lo favorable, ocasion habrá de mencionarlo en adelante, lo adverso es el carácter que sus dolencias suelen imprimir en los bañistas, cuyos rostros traen à la memoria aquella exclamacion de un conocido poeta que lamentaba los estragos del romanticismo:

¡Virgen de las maravillas!

¡Cuantas caras amarillas!

¡Cuantos semblantes de azufre!

Desgraciadamente habia bastantes de esos semblantes hipocondriacos entre nosotros, y sabido es lo difícil que esta gente suele ser para convenirse y arreglar algo.

Principiaron las dificultades, siguieron las desavenencias y se alejaron las prohibiciones del médico. Cada cual exajero los inconvenientes y aminoro las ventajas. Se habló de ladrones, de tormentas, de enfermedades, de lobos y hasta de fantasmas. En último resultado, quedamos condenados por testarudos. M. L. y yo, decididos à subir à todo trance, y después de sufrir súplicas y amenazas, de vernos conminados con diferentes géneros de suplicios tan suaves como ser estrellados contra las rocas, devorados por las fieras ó enterrados on nieve, resistiendo con ánimo fuerte

hasta la perspectiva de un cólico ó de la pulmonía, fijamos la madrugada del día 8 de Septiembre para emprender la marcha con un convoy de tres acémilas mulares y las suficientes provisiones de boca y guerra para pasar dos días en las solitarias regiones de las nieves eternas.

Serían, pues, las tres de la dicha madrugada, bien oscura por cierto, cuando fiados en el prudente instinto de animales conocedores de la estrecha senda que sube desde las huertas hácia las viñas del monte Lanjaron, por una pendiente que bien puede graduarse de cincuenta por ciento, emprendimos la subida con un tiempo despejado y mirando únicamente un cielo espléndidamente tachonado de estrellas, porque no se podía divisar otra cosa desde el estrecho y lóbrego callejon que forman de un lado y otro las tapias y bardos de las huertas.

Cuando el día apareció, dos horas después, la cosa era muy distinta; nos encontrábamos en la parte alta de las viñas, y si bien por el lado donde íbamos solo se distinguía una sucesion ascendente de cumbres y picos, cada uno de los cuales parecía presentarse por lo pronto como el término de la subida por aquel lado, siendo así que bien pronto se le sustitúa un rival más exigente, en cambio por el

lado opuesto la vista tenia suficiente esparcimiento.

Los pueblos de Tablate, Orjiva, Pinos del Valle, los Padules y Velecillo se nos presentaba como oasis de verdura entre las asperezas de la sierra, rodeados de olivares y maices, de un verde oscuro los unos y esmeralda los otros, unidos entre sí por las cadenas de flores que formaban las cañadas de adelfas.

A nuestra izquierda por entre el puerto que constituían las faldas de las últimas montañas, se divisaba á lo lejos un pedazo de mar, que semejante á un espejo pequeño nos enviaba los primeros rayos del sol saliente.

A nuestros pies Lanjaron se perdía entre su espesa arboleda, tan justamente celebrada, ya por lo abundante de la produccion, ya por la rareza de ofrecer á una corta distancia y casi enlazados, el risueño y ardoroso, naranjo con el frio y colosal castaño.

Continuamos subiendo casi perpendicularmente durante otras dos horas, al cabo de las cuales nos vimos en una extensa meseta cortada por cuencas de varia profundidad y cubierta de un rastrojo alto: estos terrenos de sembradura son LOS CENTENOS, especie de campiña suspendida sobre las nubes, donde se produce este cereal con las mismas condiciones que en la Siberia.

El labrador sube una vez al año cuando la estación mas calurosa está próxima à su fin, hace la recolección é inmediatamente después la siembra: bien pronto la nieve lo cubre todo prestando al grano calor y humedad, hasta que la vuelta del buen tiempo hace innecesaria aquella protección: la nieve entonces se derrite y corre por las cañadas; la planta ya brotada crece y se desarrolla con la brevedad consiguiente à los grandes elementos de vida acumulados en su suelo durante nueve meses, y como estos no son susceptibles de alteración, la cosecha es siempre segura.

Exigiendo este método de cultivo muy breves permanencias de los labradores en sus campos, no hay que buscar casas en estos, si no albergues provisionales de verano, sumamente reducidos, aunque sólidos, para poder resistir à los estragos de las tormentas, tan frecuentes como terribles en aquellas alturas. Así es que el ánimo va preparándose gradualmente para las impresiones de una completa soledad.

Partíamos de un delicioso valle, capaz de suministrar en manjares, flores y perfumes cuanto pudiera necesitar la población más exigente: habíamos atravesado después una zona de productos cada vez más exclusivos; entrábamos en otra donde uno solo era dable; des-

pués de aquella la vida del hombre debía considerarse casi imposible. Mas adelante, es decir, mas alto, pocos animales podrían mantenerse, la vejetacion siendo casi nula: finalmente, se nos habia de presentar otra en la cual los pájaros encontrarían aire bastante denso para batir y apoyar sus alas...

Aquel era el término de nuestras aspiraciones: allí queríamos subir, adonde ~~ninguna~~ existencia habia precedido, quizá viva uno mejor; solo á ver y oír, más se verá y mejor se podrán escuchar las misteriosas voces naturales que exclusivamente hablan al hombre en la soledad y que únicamente así consienten en prodigarle sus más dulces favores, y luego ¿quién sabe lo que por la secreta relacion entre el físico y el moral del hombre puede esperarse de grandiosas y elevadas ideas, llegado que sea uno á tan prodigiosa altura?

En estas y en otras iba yo pensando cuando los guías llamaron nuestra atencion, porque los centenos concluían y era forzoso proveerse... ¿de qué? de grano para alimentar las acémilas? de paja para las mismas ó para camas en la eventualidad de la siguiente noche? Nada de esto; era cuestion pura y simplemente de escojer cada uno media docena de cañitas para beber el agua sin helarse los dientes, pues de allí en adelante no habia que

esperar más líquido conque apagar la sed que la nieve derretida. Comprendí entonces bien el origen de una moda que duró algún tiempo en varias capitales de Europa de servir los sorbetes en los cafés con pajillas de centeno, y que daba motivo á la variante que cierto amigo mio hacía de los versos de una comedia en boga.

¡Aquella niña tan bella,  
que habrá seis años ó siete  
la vi aspirando un sorbete,  
en el café de la Estrella...!

Provistos de bebedero, continuamos nuestro camino hacia una enorme roca, que buen rato hacía divisábamos, y que con el respetable nombre de PEÑA DEL DIABLO constituye uno de los primeros datos para no equivocarse la dirección, pues de aquí en adelante no existen veredas que conduzcan con alguna seguridad hacia las marcadas alturas que se propone uno visitar.

Y á propósito de ello, cúpleme dar un consejo á los que después de haber leído estas líneas vengan en gana de repetir la expedición, y es no fiarse en manera alguna del camino que quieren seguir los guías sino llevarlos únicamente para que den á conocer las cumbres y puertos por donde hay que tomar paso, y una vez señalados, juzgar cada cual

por sí mismo y decidir la senda que parezca más corta y segura. La razón de esto es fácil de comprender; las alteraciones que por efecto de las tormentas sufren lugares tan escarpados, hacen variar cada año el trazado más conveniente para el presunto camino, colocando al viajero al nivel del guía en cuanto á ciencia; ahora bien, este nivel se encuentra roto y desequilibrado en contra de los guías alpujarreños por una especie de estupidez benévola que les caracteriza y hace que con la sonrisa en los labios lleven al viajero por los parajes más difíciles y penosos.

La Peña del Diablo no ofrece nada de particular, sino el escarpado de su base, por la que es preciso subir serpenteando un buen rato: tal vez la venga el nombre de las veces que los arrieros se dan á dicho este cuando se les obliga á conducir bestias, por semejantes pasos más á propósito el mejor de ellos para águilas que para caballerías.

Su composición es una pizarra dura vetada de cuarzo, como se suele encontrar en los terrenos de transición á que pertenecen en general todos los de la Sierra Nevada.

Llegados á lo alto de la peña, seguimos el lomo de una montaña bastante estensa, encajonada entre otras dos, grisienta, triste y sombría la de nuestra izquierda, alegre, brillante

y esplendorosa la que resultaba á la derecha. Llámase esta EL CERRO DE LAS PLATERIAS, y verdaderamente no podia darse mas adecuada designacion.

De tal manera brillaba toda la superficie de ella, que su vista nos deslumbraba y necesitamos apartar los ojos repetidas veces para acostumbrarlos y poder sin inconveniente investigar la causa de tan inesperados detalles. Es seguro que reunidos los brillantes aparadores de la calle del Carmen y la Montera de Madrid con los de la RUE DE LA PAYS y REGENT STREET de Paris y Londres no habian de constituir un tan variado y espléndido reflector para el sol de una hermosa mañana de principios de Septiembre.

Ya pensaba en proponer nos apartásemos un poco de nuestro rumbo para investigar la naturaleza de aquel singular terreno, cuando algunos fragmentos esparcidos á nuestros pies, y que brillaban de igual modo, nos dispensaron de semejante molestia: eran lajas pizarrosas de igual consistencia y composicion que las del suelo que nos rodeaba y sobre el que marchábamos, pero cubiertas por un depósito micáceo estremadamente ténue y liso á la vez este exámen, y el encuentro mas adelante de algunas cristalizaciones de carbonato de cal y silicatos algo teñidos por exoidos metálicos,

nos dieron razon suficiente del brillo de mil colores que tanto nos sorprendió en un principio, y que seguimos admirando durante una buena media hora.

Bien pronto principiamos á descubrir la falda del famoso y anhelado CERRO DE LOS CABALLOS cuya cúspide, una de las más altas de toda la sierra, quizá la tercera en elevacion, veíamos casi desde el amanecer como próxima á nosotros, apenas cubierta á grandes manchas por la nieve, cual la rota capa de un mendigo.

## II

Poco á poco y á medida que continuábamos subiendo en direccion de la indicada cumbre, aparecían cada vez mas estensas las grandes manchas deslumbradoras de blancura con que se marcan los VENTISQUEROS (1) contrastando con el color oscuro, casi negro de los lomos del cerro, que son los que primero aparecen al detretirse las nieves; en cuanto á la cima nos parecía cuestion de un cuarto de hora llegar á ella, y de media más el subir al picacho de Veleta ó á Muley Hacen segun nuestro gusto, pues ambos parecían presentarse casi al alcance de la mano.

Redoblamos, pues, el paso, bajando de las caballerías mi amigo y yo, y aun dejando bien atrás á los guías, que me parecían reír soca-

---

(1) Acumulaciones de nieve que se forman an las depresiones de la sierra y subsisten todo el año.

ronamente al ver nuestra diligencia y ánsia por llegar arriba cuanto antes; razon tenia en hacerlo, porque después de largo rato, nos encontramos faltos de aliento, sobre una eminencia á la que sucedía una estensa llanura, salpicada de hondonadas, ya cubiertas de nieve, ya formando pozos ó pequeñas lagunas, y al extremo de la cual era donde verdaderamente principiaba la subida del cerro.

Rendidos del cansancio y desanimados por el desengaño, nos paramos para aguardar á nuestra gente, que no tardó en llegar, aumentando nuestro disgusto con la noticia de que en vez de cruzar directamente el estenso valle que ante nosotros se presentaba, era preciso buscar la subida por un rodeo hacia la izquierda, siguiendo la arista sobre la cual nos encontrábamos.

Así lo hicimos efectivamente, pero con mas fortuna de lo que esperarse podia, en primer lugar porque volvimos á montar en nuestros mulos; en segundo porque un delicioso fresco viento de mar viuo á moderar el ardor con que el sol nos lanzaba sus rayos, y en tercero, porque muy breve principiámos á descubrir, desde luego el mar para mi siempre alegre y bello, después la costa y sucesivamente las vertientes orientales de la sierra con las deliciosas vegas de Motril y Salobreña al pie, y las po-

blaciones, los castillos derruidos, los antiguos conventos y santuarios y las humildes ermitas, destacándose sobre el hermoso fondo verde esmeralda de las plantaciones de cañas de azúcar que cubrían el terreno, cortadas únicamente por las evoluciones del Guadalfeo que las abrazaba a trozos como engarces de luciente plata.

Distraídos con tan risueña perspectiva, dirigiendo nuestras miradas y observaciones de un punto á otro, á muchas leguas de distancia, con la misma libertad y mas prontitud que un pájaro, pasando de Motril á Almuñecar, ó lanzándonos desde el pintoresco castillo que domina á Sayalonga para inquirir el rumbo de algún barco que aparecía en el horizonte, anduvimos insensiblemente largo rato, hasta que la voz de Cristóbal nos hizo detener para oírle decir con un aire parecido al de Napoleon señalando las pirámides africanas:

—Señores, están ustedes servidos; ende aquí principia el cerro de los Caballos.

¿Quién es ese Cristóbal? se me dirá.—Dentro de un rato y mientras almorzamos, tendré el gusto de presentarlo y darle á conocer á mis lectores; pero urge rehacer nuestras fuerzas, y esto no ha de ser antes de tomar posesion de LA ALTA CUMBRE... Tratamos, pues, de subir y hacer allí nuestra comida, pero vimos

nos demasiado empinada la senda para que las bestias pudieran servir, nos pareció además inútil, fatigarlas, puesto que no era aquel el término de la excursión, siendo mas ELEVADAS nuestras pretensiones. Concertamos, pues, descargar las municiones en aquel mismo sitio, y subir personalmente los víveres ayudados del susodicho Cristobal para que despues siguiera el convoy faldeando el cerro en dirección de Veleta, mientras nosotros cortaríamos directamente á pié para encontrarnos en un punto determinado.

La subida fué bastante difícil, aunque compensada para mí con algunas investigaciones mineralógicas de interés: pues indudablemente las gigantescas sacudidas volcánicas que forman tan elevadas sierras, aglomeraron en este punto mas que en otro alguno los variadísimos productos de sus terribles fundiciones y no solamente se ven allí en abundancia las tan numerosas cristalizaciones del carbonato cálcico, consecuencia del enfriamiento primitivo de la tierra, sino tambien hierro y plomo argentífero, relleno los intersticios de aquellos ó de otros minerales, como pudiera haberlo hecho un fundidor, preciosas cristalizaciones de sílice ya elara y trasparente, como un magnífico cuarzo hialino que tuve la fortuna de encontrar, ya algo teñido por la influencia de algún óxido metálico; en fin, cris-

tales de alumina, verdaderos rubies de muy pequeño tamaño adheridos á algun trozo de laja pizarrosa.

Llegamos, en fin, á lo alto, y no emprenderé describir las sensaciones que experimentamos ante el inmenso cuadro que se desenvolvió á nuestra vista y que es casi el mismo que se disfruta desde Veleta..., menos Granada, Granada con su vega y sus cármenes, con sus plazas y jardines, con sus fuentes y sus templos y con su Alhambra y sus dos rios; algo es esto como falta, y así lo aplazaremos para evitar repeticiones comprometidas; baste decir que nos encontrabamos muy á gusto, con lo cual debe tranquilizarse el lector, que tan interesado juzgo ya en nuestros destinos por un par de dias.

Pero se trata de almorzar, y en nuestros cachos encontramos con qué harcerlo no del todo mal. Es de advertir que al concertar nuestros aprovisionamientos M. L. y yo habiamos acordado que, á semejanza de lo acostumbrado en las meriendas de estudiantes, cada uno habia de poner aquello que le fuera mas cómodo procurarse en su casa.

En consecuencia me hice yo cargo de lo que se podia encontrar en una fonda... de Lanjaren, suministrando pollos y carne asados, pan y alguna fruta; lo demas quedó á discrecion

de mi amigo, que cumplió con todo lo que se puede suponer en una casa donde se conocen, respetan y practican los buenos principios de Brillat-Savarin.—Un par de pollos bien asados, un trozo del rico de Bolonia (¡mucho temo no los hagan tan buenos bajo el cetro de Victor Manuel!) un pastel de FOIE-GRAS y una botella de Burdeos; ¡qué más elementos de felicidad á 4,000 varas sobre el nivel de las miserias humanas, que viene á ser el mismo del mar, con la sombra de un risco y la vista de toda Andalucía! Yo no recuerdo bien todo lo que pensé ni todo lo que hablamos; solo si, que el tiempo se deslizó, si no tan rápido como en esas otras cumbres á donde solo se sube soñando el niño ó amando el hombre, lo bastante al menos para que Cristóbal necesitase advertirnos que no habia mucho tiempo que perder si queriamos llegar verdaderamente á Veleta aquella tarde, antes de que anocheciera. Y á propósito de Cristóbal, he prometido hacer su presentación á mis lectores, y debo cumpírla.

Es ni mas ni menos que un alpujarreño en cuanto á fisico y traza; pero su fisonomia, algo mas espresiva que lo es en general la de sus paisanos, se encuentra dotada de cierta majestad, merced á unos espejuelos verdes que suele usar á causa de una inflamacion ni-

veterada que padece en los ojos; á esto debe tambien, ademas de la susodicha majestad, el apodo de ANTIPARRAS con que, á guisa de apellido se le conoce en el pueblo y sus alrededores, por lo demàs, su voz es grave, aunque algo veia, y su modo de hablar pausado y fuerte, con todas estas circunstancias y la de haber sido criado por un anciano muerto poco ha, y que pasaba por un oráculo entre los labradores llamado el Tio Majas-Viejas, «Cristóbal Antiparras» era tenido por hombre de buen consejo y amigo de hacer un favor, pero parco en bromas, duro en acciones, y preferido por los viajeros para cualquier expedicion peligrosa.

Ya que le conocemos, no habrá motivo para estrañar que nos diese prisa cuando juzgaba era necesario, á no ser que prefiriésemos, como decia que muchos señores solian hacer, pasarse allí el día y volver á la tarde diciendo que se habia estado en el pico de Veleta, para lo cual bastaba cambiar el nombre á los dos cerros cosa fácil, pues que ninguno de ellos habia de darse por perjudicado. Rechazamos semejante proposicion con toda la fuerza de nuestra dignidad ofendida, á lo cual repuse que su anciano padrino el Tio Majas-Viejas jamás pasaba de este sitio acompañando ingleses de toda edad, sexo y condicion para

terminar la conversación, se me ocurrió preguntarle de donde procedía aquel nombre de Majas-Viejas, y me contestó que era de un refrancillo de la invención del que lo llevaba, con el cual había puesto en cultivo gran parte de los alrededores de Lanjaron, donde antiguamente solo había terrenos de pastos, y que quiero citar, porque envuelve un grande y fecundo precepto de actividad. El decía:

En todas las majas viejas (1) *oraciones*  
El maíz he de sembrar;  
Sino le saco mazorca,  
Maluca (2) le he de sacar.

\* De este modo, aprovechando terrenos baldíos, el buen hombre había ido fomentando su riqueza, merced al abono de los ganados que antes nadie aprovechaba, hasta formarse una fortunita que desgraciadamente había ido á parar á poder del escribano de un pueblo inmediato, que sin sembrar maja alguna; y á pesar de un testamento en regla á favor de su hijo adoptivo, le había puesto un pleito por haberle encontrado en su corral unos pavos con escobilla que, según el escribano, era el

---

(1) Maja ó majada (cerca) en que se reúne de noche el ganado que pasta en la sierra.

(2) Maluca-mazorquilla, ó mazorca abortada.

caracter distintivo de una raza esclusivamente suya.—El pobre Cristobal, defendiendo los pavos, representantes, aunque indignos, de su honra, habia perdido cuanto heredara, y ganando la fluxion de ojos, causa de su nuevo nombre.

Pero volvamos á lo que importa, que es seguir nuestro camino.

Desde el sitio en que nos encontrábamos se podia atravesar siguiendo la cordillera, un espacio de media legua larga de estension, para alcanzar un punto que era tambien el puerto por donde habian de pasar nuestras acémilas. Este camino era dable hacerlo con todo descanso, como conviene á dos hombres que tratan de digerir concienzudamente un buen almuerzo, pues que por él, no solamente se evitaba un enorme rodeo, sino que se perdian mas que una parte relativamente pequeña, de la altura ganada. Encargamos á Cristobal que se volviese para colocar el escaso utensilio que nos habia servido en la acémila, y continuar con el convoy, mientras nosotros nos íbamos con todo despacio siguiendo la ruta indicada, que al mismo tiempo nos proporcionaria visitar una de las famosas lagunas de Bacares, que se encuentra en la parte occidental del cerro, casi sobre la misma cumbre.

Nos separamos sin recelo alguno de nuestro

guía, porque á pesar de la inmensa estension del desierto en que nos encontrabamos, la magnífica y risueña vista que por todas partes se alcanzaba, quitaba á la idea de soledad todo lo que tiene de imponente. Por lo demás la suerte parecia favorecernos por completo; tras una noche serena y apacible, gozabamos un dia estremadamente hermoso, el viento era fresco, y el cielo de una perfecta transparencia, alejaba todo temor de ver aparecer uno de esos temibles nublados tan desastrosos en aquellas alturas, que, segun nuestros guías, apenas se divisaba uno, era preciso correr hacia bajo en busca de un albergue seguro, sopena de ser arrebatado por alguno de los numerosos torrentes que instantáneamente se forman, arrastrando en su curso lajas y rocas, y hasta riscos enteros con espantoso estruendo.

Es cosa imponente oír á cualquiera de los que, ya acompañando viajeros, ya buscando algunas de esas plantas aromáticas, tan apreciadas cuanto son raras, se han visto sorprendidos por una tormenta en la parte alta de la sierra. Rara es la que pasa sin que alguien perezca, y de ahí el temor con que se las mira, y el que nuestros guías no cesaran de repetirnos cada vez que nos oían proyectar el itinerario de nuestro viaje: «Todo está muy bien,

señoritos; pero en viendo un NUBLO aunque sea como un EMBUSTE, abajo á todo escape y á llegar donde se pueda.»

Dejamos, pues á Cristobal, y nos dirigimos á ver la pequeña laguna de Bacares, que tendrá como diez varas de diámetro y una gran profundidad, segun era el ruido que producian las piedras que á ella lanzamos. A pesar de ser esta la mas pequeña, puede considerarse como la mas notable por la elevacion en que se encuentra.

No se si es en su fondo donde se dice existe un pozo, cuya construccion se atribuye á los moros que lo abrieron en la época de la gran sequía de diez años que experimentaron en el siglo XV ya al finalizar su dominacion en España.

Desde este punto principiamos á descender hacia un estensísimo valle, no sin alguna molestia por ser todo el piso de grandes lajas cubiertas de mica que se escurren una contra otras, y hacen la marcha sumamente insegura; gradualmente fué limitándose nuestra vista, cortada sucesivamente por cordilleras que momentos antes habíamos contemplado á vista de pájaro y entonces fué cuando pudimos entregarnos por completo á ese sentimiento melancólico é imponente, tan bien descrito por Zimmerman.

### III

Las sensaciones que se experimentan conforme uno desciende hácia aquellos solicitarios valles escondidos en el riñon de la sierra, son bastante parecidas á las del navegante que se encuentra aislado en medio del Occéano, Roca y cielo, nada mas veíamos; y un horizonte, limitado por los fantásticos festones de una sucesion de puertos y picos, nevados y brillantes los unos, grisientes y sombríos los otros.

Pero ni un árbol, ni un pájaro, ni una planta, ni una voz, ni mas ruido que el crugir de las lajas bajo nuestras pisadas. Insensiblemente nos habiamos ido separado; L... marchaba delante; yo detrás á larga distancia, ambos cansados y anhelosos por lo accidentado y difícil del piso; así seguiríamos mas de una hora, parándonos de cuando en cuando conforme el valle se presentaba á la vista, prolongandose

por la sucesion de otros, y esperando siempre, en vano, ver aparecer á nuestros guias. Otrahora pasaria aumentándose considerablemente el cansancio y despertándose cierta inquietud por la estraña ausencia de nuestra gente, con la cual, segun el convenio y cálculo hecho, debíamos habernos encontrado á la media hora ó tres cuartos á lo sumo de camino.

Nosotros no era dable que hubiésemos equivocado el nuestro, pues no habíamos cambiado de cordillera; pero ellos, que debian cruzar algunas hondonadas y tomar distintos puer-  
tos, ¿no podian haberse extraviado? Esta suposicion y lo que de ella podia deducirse, es decir, la exposicion de tener que pasar todo el dia andando y la noche tal vez, en aquellas soledades sin alimento y sin el necesario abrigo, no era una perspectiva de las mas agradables.

Nos detuvimos un momento para consultar, una vez llegados cerca del límite extremo de la senda hasta entonces seguida. Despues de descansar y registrar los alrededores desde las mas próximas eminencias, dimos algunas voces que no tuvieron otra contestación que prolongados ecos. En fin, como medio mas eficaz de atraer á nuestros compañeros, M. L. disparó un tiro con su revolver. Tampoco hubo

mejor resultado en cuanto al fin que nos proponiamos, pero en cambio oimos un ladrido lejano y despues otro no tanto, y poco á poco fuimos sintiendo aproximarse al causante de aquellos animados sonidos, graves por cierto lo bastante para inspirar respeto, hasta que de repente le vimos aparecer por una cortadura, mas cerca de lo que fuera de desear. Afortunadamente no era este el sitio donde, segun la antigua crónica, dos frailes franciscanos riñendo hubieron de tirarse las capuchas por falta de piedras.

Los perros, que eran dos, apreciaron y comprendieron sin duda esto, por lo que bastó un solo ademán para contener su ímpetu amenazador. En cuanto à nosotros, trepamos por la quebrada de la roca donde ellos se presentaron, y descubrimos un precioso valle cortado por anchas franjas de verdura, que en algunos sitios se estendian considerablemente, formando grandes prados, y pastando en ellos un númeroso rebaño de hermosas ovejas. Dejo á la consideracion de cada cual lo que agradeceríamos á nuestra buena estrella. que así cambiaba y tan favorablemente la situación, pues al par que la verdura alegraba la vista la presencia del rebaño tranquilizaba los ánimos, por la seguridad de encontrar pastores á quienes preguntar y pedir auxilio en caso ne-

cesario. Los descubrimos, con efecto, muy á poco, y como lo agitado de la marcha nos habia dado sed, les preguntamos si se podia beber en algun sitio inmediato. En el acto nos indicaron una fuentecilla, donde uno de ellos fué á llenar un porrón de barro que allí tenia, la remuneracion de este pequeño servicio nos hizo quedar en los mejores términos, y juntos nos sentamos á descansar y á tomar datos.

Desde luego nos tranquilizaron completamente en cuanto les esplicamos nuestra marcha, asegurándonos que los acompañantes que traian la bestias, por mucha diligencias que hicieran, tardarian lo menos hora y media, y habrian de pasar precisamente por el extremo del valle que dominábamos, cruzándolo en direccion á nosotros. Tranquilos y de buen humor nos dedicamos á observar el sitio en que nos hallábamos. La roca divisoria, de los dos valles, de carácter evidentemente primitivo, sobresalia por diferentes puntos y formaba un accidentado promontorio avanzando y como bañado en el mar de laja pizarrosa que se extendia por ambos lados.

Las aguas procedentes de los ventisqueros superiores, corrian solo por un lado, ya aparentemente por su gran desnivel, ya ocultas bajo la suelta laja, hasta en la misma direccion, aunque con variaciones oblicuas, de ahí

la franjas de verdura que amenizaban un valle, y la estéril y triste sequedad del otro. Aun cuando en aquellas alturas, y en tal soledad parecía chocar la idea de un propietario pues las grandes cosas aún en el mundo, parece que solo Dios debe poseerlas, nos dijeron los pastores que los dueños de los ganados pagaban alguna cosas á los pueblos mas inmediatos, y aun al marqués de Villavieja, por el dominio de varias dehesas allí situadas. Por lo demas, los pastos eran escelentes y bastante codiciados en años secos como el actual.

Pasado un buen rato, principiámos en fin á divisar á nuestra gente, que apareció faldeando una ladera opuesta á la en que nos hallábamos. Cuando se aproximaron lo bastante, percibí á mi arriero muy sosegadamente subido sobre la mula cuyas fuerzas yo habia reservado cuanto me habia sido dable á costa de las mias propias. Corrí hacia él lleno de indignación y esta subió de punto cuando me informé de habia roto el botijo del agua, único que teníamos y tan necesario como que desde muy poco mas allá del sitio donde nos hallábamos ya no debia encontrarse mas en adelante.

Afortunadamente el daño no era tan grave como en un principio imaginé, pues el botijo

existia con solamente un agujero pequeño cerca del cuello: podia pues contener agua aun, si bien con un nivel inferior á la rotura y sin sacudidas de ningun género, siendo por tanto indispensable que un hombre lo llevase suspendido con una cuerda: asi se hizo, y esta ingrata tarea fué cometida al culpable en justo castigo de su descuido y atrevimiento.

En marcha de nuevo, continuamos hacia arriba, siguiendo el curso de las aguas y al encuentro de su descenso que señalaba una verde vejetacion: el aspecto de los alrededores es de un efecto delicioso: allí se halla rica manzanilla silvestre, «la manzanilla de la sierra» especie rara, medio flor medio muzgo, que solo huele á humedad mientras no se hecha en infusion, pero que al contacto del agua hirviente deja sorprender sus aromas, mucho mas penetrantes que los de la manzanilla de los jardines, y desenvuelve su misterioso y benéfico poder contra las fiebres y otras muchas dolencias. De allí se saca tambien la sabiná, raiz de madera perfumada y que puede llamarse coqueta, porque las formas caprichosas con que crece, no permite sirva para otra cosa que para objetos de tocador y adornos de boudoir, cuyo destino es por ello ser testigo al morir de elevados y sentidos coloquios, bien agenos de los agrestes y solitarios sitios

donde nace. Un magnífico trozo tuvimos la fortuna de encontrar muy apropósito para un cofrete que M. L. dedicó á alguna persona querida.

Como hora y media duraría esta subida, al cabo de la cual descendimos á una pequeña hondonada ó vallecillo limitado por dos grandes ventisqueros lateralmente, y al frente... el gran cerro! el cerro de Veleta «ipse misimus» coronado con el picaeho cuya alta cima desaparecía casi á nuestra vista al través de un celage trasparente y de un viso color de acero.

¡Gracias á Dios! esclamamos á un tiempo los dos compañeros al cerciorarnos de que aquel y no otro era el pico de Veleta que tantas veces habia parecido estar bajo, ó mas bien sobre la mano y tantas se habia escapado pareciendo correrse para huir de los que hacia él iban. La detencion era forzosa aquí, ya para dar aliento á las acémilas y prepararlas á la ruda subida que se presentaba, ya para provisionarse de agua y leña. La primera estaba bien á la mano, pues en el mayor declive de la hondonada existia como un depósito de las corrientes que habiamos ido encontrando, y que tan estraña fertilidad producen en aquellos suelos de roca. Este depósito está constantemente alimentado en el verano por aque-

llos colosales ventisqueros, donde la nieve existe eternamente acumulada, y cuyas capas ó cortezas anuales se pueden contar á centenares en algunos córtes hechos por las tormentas y en los cuales se marcan, con gran espesor, las primeras y en disminución las siguientes, hasta casi confundirse como el veteado de la piedra agata.

Por lo que hace á la leña fué necesario que uno de nuestros guias marchase con una bestia á recojer sabina en cantidad bastante para alimentar una buena hoguera toda la noche. Mientras esto se hacia, nosotros nos sentamos á descansar, y disfrutar del sitio: el paisaje no podia darse mas nuevo. A nuestra espalda grandes y anchas cintas de verdura irradiándose en descenso, interrumpidas las unas bruscamente, prolongándose las otras hasta perderse, y ensanchándose algunas para formar graciosas mesetas cuya frescura contrastaba con la sequedad y monótona aridez de la grisienta laja de enderror; á izquierda y derecha dos grandes estribaciones del cerro cubiertas de nieve; al frente el cerro mismo, y nosotros sentados al borde de un precioso lago de agua tranquila y tan trasparente que á pesar de la frialdad, se nos hacia apetitosa. En cuanto al Veleta, enorme masa blanca y gris, su conjunto venia á ser como un inmen-

so sorbete arlequin á la napolitana, y digo á la napolitana, porque en Nápoles saben disponer los sorbetes de esta clase de modo que el consumidor pueda disfrutar simultaneamente con el sabor de las varias clases que lo constituyen y que alternan en capas verticales y no horizontales como se suelen servir en Madrid con gran perjuicio y pérdida, digamos así, del objeto de su instituto.

La subida directa del Veleta es tan escarpada que hay necesidad forzosa de faldearla por el lado izquierdo, pasando á la salida del valle, no sin riesgo, sobre un ventisquero que acumulado entre la base del monte y un maelon inmediato forma como un inmenso relleno de nieve. Cristobal sali6 delante para cerciorarse de la dureza de la superficie y reconoci6 ser suficiente para que pasaramos sin bajarnos de las caballerias, lo cual hubiera sido molesto á causa de una corriente de agua bastante estendida que, procedente de los derretimientos, se dirige hacia el pequeño lago junto al cual habiamos descansado. Tomando en seguida una estribación mas occidental, se emprende el ascenso serpenteando entre dos cañadas llenas de nieve por un terreno rico en minerales, absolutamente idénticos á los que habiamos encontrado en el «cerro de los caballos:» el observar estos y los raros

cortes que, en algunos puntos ofrecian las grandes masas de hielo, constituian, juntamente con el cuidado de la conduccion de la bestia, la única distraccion de nuestros ánimos pues nos habiamos propuesto no estender la vista hasta llegar á lo alto. La ascension fué molesta en extremo, y sin embargo puede considerarse como de las mas afortunadas, pues trepamos con nuestro convoy hasta un punto, donde solamente á pié se llega generalmente, y quien quiera que haya visitado estos sitios, se admirará al saber que sin tropiezo grave alcanzamos sanos y salvos con nuestras tres bestias el corral de Veleta, siendo las cinco y media de la tarde. Solamente con un tiempo tan escepcionalmente hermoso como el que nos hizo podia haberse esperado un termino tan dichoso para nuestra expedición. Hacia catorce horas que habiamos salido de Lanja-ron.

Estábamos, en fin, en el «corral de Veleta,» sobre el pico del mismo nombre; únicamente nos quedaba subir al picacho, que es como si se dijera la linterna de una colosal y elevadísima torre. Pero las fuerzas estaban agotadas, y decidimos, supuesto que habia tiempo, hacer nuestra comida inmediatamente, y subir despues para disfrutar del espectáculo de la puesta del sol. Procedióse por tanto á la des-

carga de víveres y municiones y distribución de alojamientos, en vista de que allí habíamos de pasar la noche.

EL CORRAL DE VELETA (1) se reduce á un pequeño cercado, hecho de lajas sobre puestas y de tres ó cuatro varas en cuadro de estension sin techo ni abrigo alguno; solamente las cuatro paredes de vara y media de altura. Como gente previsora, acordamos dedicar este refugio á nuestras acémilas para defenderlas en lo posible del frio de la noche, que á juzgar por el que ya se experimenta, debia ser intenso. En cuanto á hombres, buscamos el resguardo de una gran peña que, sobresaliendo por un borde cortado en bisel á espensas de la parte inferior, formaba hácia el lado de Oriente, sino una cueva, un resguardo al menos, contra la corriente del aire.

Sentámonos, pues, cada uno donde pudo, en derredor de las provisiones, y nos pusimos á comer alegremente, saboreando, al par que los pollos y el Burdeos, el triunfo que habíamos conseguido, llegando bien y legítimamente hasta donde nos habíamos propuesto al proyectar la espedicion. Unicamente una idea enturbiaba nuestra satisfacción; era la falta,

---

(1) Tambien suelen dar este nombre á la grande olla ú hondonada donde nace el Genil, y de la que mas adelante nos ocuparemos.

ya que no de instrumento de precision para observaciones, siquiera de buenos anteojos, y solamente contabamos, con gemelos de teatro, no habiéndonos sido posible encontrar otra cosa en Lanjaron. ¡Ah! si yo lo hubiera pensado cuando pocos dias antes me habia encontrado con tan buenos amigos en la universidad de Granada! pero paciencia; no es de prudentes perder lo bueno poseido por lo mejor deseado.

Interin comiamos dispusimos la manera como habiamos de pasar la noche; se acordó que mientras nosotros subiamos al pico, de donde no bajaríamos hasta bien tarde, contando con luna temprana que habia, nuestra gente se ocuparía en construir una pared de laja semejante á las del CORRAL, formando un ángulo agudo, con el costado de la peña que nos resguardaba á fin de que tendidos nos encontrásemos bastante reservados en la direccíon del viento; en la apertura del ángulo resultante se encenderia la hoguera, que de este modo aprovecharia bien su calor, reflejándolo entre las dos paredes. Tambien dispusimos que una cafetera encontrada en un capacho, merced á la prevision de M. L., se pusiese llena de nieve contra el fuego, tanto para economizar la provision de agua como para poder hacer una taza de té si se creia conveniente. Ya veremos

mas adelante cuán oportuna fué esta idea.

Recuperadas las fuerzas y con ánimo ligero emprendimos la subida al pico, acompañados únicamente de uno de los guías. Aunque sumamente escarpada la cuesta no puede llamarse peligrosa, pues por este lado la roca primitiva que constituye la masa general del cerro se encuentra cubierta por una gran capa de la misma laja pizarrosa ya tan citada, pero de proporciones aun mayores que la que antes habíamos encontrado. En algunos sitios eran verdaderos escalones, sobre los que se hacía preciso trepar ayudándose con las rodillas; otras veces serpenteábamos hasta el borde de una cortadura de la que arracaba un plano sumamente inclinado, cubierto de blanca nieve que terminaba en un hondo ventisquero á doscientas varas de profundidad. Cansado en algunos momentos me paraba á contemplar el fondo, y sentia vivos deseos de dejarme escorrer hacia él. A contar, como era lo mas probable, con que tuviera toda la superficie igual consistencia, no debia existir riesgo alguno en lanzarse á experimentar esa indefinible sensación tan apetecida por los que una vez han probado las llamadas MONTAÑAS RUSAS; pero ¿y para volver á subir? Esta dificultad me retraia y de nuevo emprendia la fatigosa marcha, divisando á larga distancia y grande al-

tura á mi compañero que, ágil como un corzo, subía sin parar. Nuestro guías, que no lo tomaba tan á pecho, seguía muy destrá de mi, recomendando únicamente no apartarse ni á derecha ni á izquierda de la senda que nos habíamos trazado.... En fin, llegamos... y tan grande como fué mi gozo en aquel instante, es mi disgusto ahora por no poder explicar lo que ví y sentí.

V.

Hay un cuadro notable de cierto pintor moderno que ha tratado de representar el momento en que fué permitido al ángel de las tinieblas tentar al Dios Hombre Desde la cumbre de una altísima montaña, Satanás muestra à Jesús y le ofrece las riquezas mundanas representadas por suntuosos palacios, magníficos jardines, bellas y estensas llanuras, rios caudalosos, tranquilos é inmensos mares. El hábil artista ha colocado en sombra todo esto para no verse obligado á lo imposible, porque imposible es pintar la verdadera bella naturaleza, y únicamente las alturas se encuentran iluminadas por los resplandores que despide el rostro del Salvador.

Muy parecido á este cuadro era el que en aquellos instantes se desplegaba á nuestra vista. Bajo nosotros, y como en crepúsculo, Granada rodeada de jardines parecía una soñolienta matrona recostada sobre un lecho de flores, los

vagos contornos de sus monumentales palacios y de sus activos torreones perdian así el sello de la decadencia con que de cerca se le ven tan tristemente marcados. Sus dos rios ensachados á placer por entre la frondosidad de sus orillas, parecian unirse á poco para ir llevando y depositando á cortos intervalos aquí y aculla mas casas y mas jardines en Santa Fé, Lachar, Loja, Benamejí y don Gonzalo, todas nacidas de la fuente Granada. Mas lejos se divisaban tierra adentro, multitud de poblaciones que por falta de un hilo conductor era imposible marcar; pero por la costa y siguiendo la blanca y festoneada franja que señalaban las mansas olas, fijamos con la vista Adra, Gualchos, Motril, Salobreña, Almuñecar, Nerja, Torre del Mar, y despues, tras los montes de Málaga, Fuengirola, Marbella y Gibraltar, terminando por aquí la Europa y dejando divisar, iluminado por los últimos rayos del sol, el castillo del Hacho: como mas al frente distinguíamos aun mejor, salvando el mar, las cumbres africanas de Sierra Bermeja, próximo teatro de gloria para nuestros soldados...

Al opuesto lado el espectáculo aunque mas limitado no era menos imponente por áspera y terrible grandeza. El sol que ya casise ocultaba tras la cima del Muley Hassen, hacia re-

salta el corte à pico de este cerro, rival del Veleta, y que correspondiendo á otro corte igual del mismo les hace parecerse á dos enormes tigres en actitud recogida y hostil con sus grandes manchas blancas y negras sobre los lomos cual la pintada piel de estas fieras. Apróximándose al borde, es necesario estar dotado de una cabeza muy firme para no sentirse presa de un vértigo. El corte de la roca no es solo perpendicular sino que forma una gran saliente por arriba, de modo que apenas á trecientos piés de profundidad se principia á divisar el sosten de la pirámide sobre cuyo vertice se encuentra el observador, y como á otros tantos mas abajo el arranque de la pequeña cuenca donde ve nacer el Genil. Después de un rato de contemplación y ya el ánimo sereno, la vista se reposa con gusto en aquel profundo valle, siendo sumamente grato, registrarlo en todos sus detalles desde tan considerable altura. Con ayuda de nuestros anteojos pudimos ver correr el agua entre rocas y musgo, y divisar el trabajo del hombre en una pequeña senda que subia serpenteando hasta una bocamina situada en la opuesta ladera por la parte del Muley-Hessem. Aquella es la MINA, la reina de las minas de Sierra Nevada, abandonada hoy, no sé por qué causa, pero que años atrás era activamente esple-

tada con gran número de trabajadores que se encerraban en ella à mediados de Octubre, y no volvian á comunicar con el mundo hasta que en mayo se hacian las sendas practicables para bajar la plata que recogian en abundancia. El caminito que penas divisábamos era el que en verano les sirvia para surtirse de agua en el nacimiento del Genil.

Embebidos estábamos en esta contemplación y ejercitando el juicio con el pensamiento de las terribles conmociones y gigantesca sacudidas que de tal manera habian hecho saltar y acumularse unos sobre otros los cuales enormes fragmentos de roca que admirábamos y sobre los que nos encontrábamos, cuando una escena de la naturaleza viva y animada vino á arrancarnos de la contemplación de la muerte. Como de costumbre, se traba de sangre y de rapiña.

Algunos pájaros que ante habíamos divisado, volaron en bandada desde el borde del agua; de repente saltan dos águilas desde algunas salientes asperezas que se notaban bajo nosotros: rápidas como flechas se lanzan sobre la banda; no sé si desde luego fué víctima alguno de sus individuos, pero la mayor parte huyó en varias direcciones: todas sin embarvan convergiendo hacia un punto por el cual no tienen salida; entonces principio una pe-

secución cuyo término era fácil de prever, si simultáneamente mi compañero y yo no hubiéramos pensado en que los que trataban de hacer víctimas debían serlo á su vez: y en un instante M. L. disparó un tiro y yo dos. Seguramente las balas llevaban el sobre equivocado, é, lo que es lo mismo, no iban perfectamente dirigidas, pues las águilas siguieron su magestuoso vuelo, si bien apartándose de aquellos lugares que con tal ruido no debía parecerles muy seguro; entre tanto los pájaros se salvaron, y este resultado debió satisfacernos.

Han desaparecido los últimos rayos del sol tras la cumbre del Muley; el crepúsculo hace resaltar el uniforme perfil de este cerro que interrumpen algunas ruinas. Allí tambien hubo pobladores, allí hubo hombres que construyeron sus moradas y gastaron su accion física y moral pero ¡con qué fruto...! con cuanto trabajo y amargura, ó... con cuanta perversidad! porque evidentemente para establecer su asiento en lugares tan inaccesibles y tan desprovistos de todo, era menester que se viesen perseguidos tal vez por buenos... quizás también por malos.

De este modo lo que en casi todas las regiones significa propagación, son aquí un indicio de mal, el raciocinio sé invierte en razon de

la altura, como diría un matematico. Si el sol nos abandona, la luna viene en nuestro auxilio.

Su luz plateada se sustituye lentamente al crepúsculo, y los objetos que casi habian de separar en lo oscuro tornan á dejarse ver confusamente. De esa manera se efectúa un precioso cambio de paisaje como en un gran cuadro disolvente, y al efecto de puesta de sol se sustituye un hermoso efecto de luna. Para este no hay descripción posible. El mar brilla en lontananzas; es un gran lago de plata; las lejanas construcciones se aproximan y engrandecen por el ensanche y desvanecimiento de los contornos: la menor quebrada resulta un insondable abismo: las cresta de la sierra, los peñascos y aislados ricos cubiertos de nieve parecen gigantescas fantasmas que envueltas en blancos sudarios estienden hacia nosotros sus informes y vagarosos miembros, rodeandonos por todas partes y como anhelando nuestra bajada... allí se comprendía el Elíseo pagano con su tránsito por las regiones de lo oscuro, y en aquel completo cambio de objetos para el ejercicio de todos mis sentidos, la imaginacion creyó ver algo, como de otro mundo donde podría intentar volver á encontrar personas que ya no son... Y sin embargo! cuan distinto estaba mi animo vagando entre

tales impresiones é ideas. ¡Ahora que consigno su recuerdo! ¡cuánto tiempo pasado en pocos meses!... pero he aquí otra cosa que tampoco es para descrita y no porque sea tan imposible hacerlo, sino porque resultaría fastidiosa para la gran mayoría de mis lectores que hartó tendrán de sus propias cuitas.

Respeto, pues, á las mayorías, y prosigamos. El aire va enfriándose cada vez mas y la única peña que sobre la meseta del pico existe es demasiado chica para resguardarnos: es ya tiempo de pensar en la bajada al corral, donde se asienta nuestro pequeño campamento. Poco á poco lo verificamos siguiendo los pasos de nuestro guia, que va delante con precaucion: al silencio de las alturas se agrega el de la noche y la sombras de las quebradas de la sierra despertando ideas de recelo, nos hace pensar en el reposo que vamos á gustar durante las largas horas que tardará en volver el dia ¿podremos hacerlo confiadamente? Esta duda pesaba en mi animo mas de lo que cualquiera puede imaginar por las circunstancias algo particulares que mediaban. Con efecto, si de mí solo se hubiese tratado, no me habrian inquietado mucho, pero aflijido padre de mi compañero con la posición de un centenar de millones, el hijo podía considerar-

se como una presa mas que mediana para despertar cualquier criminal codicial.

¡Líbreme Dios de injuriar á nuestros acompañantes que se portaron como honrados que son y como suelen ser los alpujarreños en general! Pero la verdad es que por primera vez los habíamos visto el dia anterior y que los habíamos tomado algo precipitadamente... Todo esto me preocupaba bastante y casi habia ya formado mi resolución sin quererla comunicar á L. por no hacerle participe de tales inquietudes, cuando él mismo me dirigió la palabra insinuando la conveniencia de algunas precauciones.

En muy breve rato nos concertamos, conviniendo en que, bien armados como íbamos, nada habia que temer toda vez que estuviésemos preparados; y puesto que la noche se nos haria larga, podia dormir el uno mientras velase el otro. La distribucion de horas se hizo amigablemente, debiendo yo dormir primero. No tardamos en ver los resplandores de la hoguera ya encendida por nuestra gente, y poco después nos sentábamos junto á ella para tomar una buena taza de te, hecha con la nieve que alcanzaba cada uno desde su asiento.

Dice un autor ruso que hay mas calor en una pequeña tetera que en el mayor barril de aguardiente. Diferente yo á las opiniones ru-

sas en todo frio asunto y por el respeto que hoy merecen las potencias del Norte allí representadas con sus mas características señales (¡5 grados bajo cero en Setiembre!) accedí á la invitacion de mi compañero; pero como quiera no podíamos olvidar que estábamos en Andalucía, parecia injusto prescindir de los meridionales productos: saqué, pues la cara por ellos y se decidió asociarlos para que no hubiera queja. En consecuencia, los dos representantes del Septentrion y del Sur, ó sean, el buen té imperial venido por Rusia y el legítimo rom de Jamaica, se reunieron para hacer un delicioso ponche.

Saboreámosle un buen rato en derredor de la lumbre, formando un grupo digno del pincel de Goya. Buena era la ocasión para oír alguna fantástica historia de las que tanto nos habian hablado en Lanjaron, donde se tiene por cosa corriente, que de las ruinas que se divisán sobre el cerro Muley Hassem salen cuando lo juzgan oportuno, sombras de todas clase y categorias, desde la bruja vulgar que humildemente cabalga en un incomodo escobon de caña, hasta el interesante principe perseguido, godo ó morisco, que sobre brioso corcel aligero y cubierto de enlutadas armas, salva los espacios lanzando tristes gemidos y arrastran en pos de sí numerosa turba de es-

pectros y fantasmas en horrisono y espantos o aquelarre. Por desgracia, la gente que nos acompañaba era de facundia, los uno por demasiado jóvenes en el oficio, y Cristobal por no permitirle su dignidad pecar á sabiendas contra el octavo mandamiento.

Fué forzoso contentarnos con historietas de órden inferior indignas de figurar en este relato, teniendo en compesación la ventaja de poderme entregar mas pronto al reposo. Acostámonos L. y yo sobre una zalea, descansando la cabeza en la enjalma de una de las monturas, y por lo que à mi respecta, despues de haberme abrigado con gaban, capa y manta me entregué confiadamente al sueño.

Nada puede dar mejor idea del frío que aquella noche sufrimos, careciendo de termómetro para medirlo, como lo atrozmente impresionado que me ví por él al principiar la madrugada. A pesar de encontrarme todo bien cubierto y abrigado, inclusa la cabeza, bastó la circunstancia de que el cuerpo de mi compañero me interceptase el calor del fuego para despertame tiritando, hasta el punto de creermepresa de una convulsión. En vano fué encogerme y arroparme cuanto pude. El frío se me apoderaba más á cada momento, hasta que reunido todo mi valor para una resolución decisiva di un salto sacudiendo ropas y mantas, causando no poco susto á los dormidos compañeros, que bien merecido lo tenían por haber descuidado la lumbre dejandola amortiguar. Todos sintieron la necesidad de reparar la falta, y bien pronto la llama volvió á elevarse al crujido dela seca y odorifera sabina. A su

resplandor consulté el reloj; era la una de la madrugada; próximamente la hora en que debía principiar mi velada y el descanso de mi compañero. De seguro que de ningún modo hubiera podido volver á dormir, pues tardé más de dos horas en reponerme á pesar de haber repetido una buena dosis de la consabida mezcla.

El rato que así pasé hasta que principió el día á anunciarse fué pues bastante desagradable; se había ocultado la luna y la oscuridad era completa. Desde las cuatro ya me sentí mucho mejor y pude divisar de nuevo el pico Muley-Hassem. Como en semejantes alturas el día se hace pronto, creí deber despertar á mi compañero como lo hice, aunque con sentimiento por él. No tardamos en encontrarnos listos y principiamos á subir de nuevo por el mismo sitio que lo habíamos verificado doce horas antes, pero casi á tientas y con precaución porque era aun grande la oscuridad.

Cuando volvimos á encontrarnos en la cumbre era por el lado de Oriente, pero aun el sol no asomaba en el horizonte. De una parte á otra los objetos iban descubriéndose y resaltando sobre un fondo uniformemente gris, interrumpido solo por los brillantes rasgos que trazaban los ríos, todo ello con esa alegría que la aurora presta y que no es el



calor, ni las proporciones, ni depende de una afortunada perspectiva, sino que está en nosotros, al sentirnos renacer á la vida y que por eso se siente y no se pinta.

Aurora!.. hermoso nombre y cosa más hermosa todavía!.. Sublime acto de la naturaleza, que jamás poeta alguno pudo cantar dignamente y del que apenas se da idea anunciando sus beneficios: momento divino en que la brisa corre, el cielo se ilumina, se abren las flores, y los pájaros cantan: á tu luz sonrie el niño á la madre inquieta y cariñosa, la virgen eleva su pura y ferviente plegaria, el enfermo se alivia y el desgraciado espera!!... fuente rica y admirable de sensaciones dulces de pensamientos apasibles, de toda clase de beatitud en fin, que estúpidamente solemos perder entregados á un sueño embrutecedor, por las ridículas razones de que la cama está á esa hora mas blanda y mas caliente, y de que se corta el cuerpo con madugar...

Como nosotros no teniamos semejantes bienes que esperar de nuestra cama, ni estábamos en disposición de que se nos pasmara más el cuerpo, resultaba todo ganancia pura y solo así podrá formarse idea de lo que disfrutamos en tales momentos y con tan esplendorosa perspectiva. A medida, pues, que la aurora con sus dedos, que, como es costumbre, lla-

maremos de rosa, levantaba el tupido velo de la fría noche, la naturaleza aparecía semi-envuelta en vagarosa bruma, que bien pronto el sol debía disipar, como hace un diligente criado que, armado de plumero limpia el polvo que ha deslucido primos muebles. Uno à uno vamos reconociendo los sitios, y distinguiendo los pueblos que ayer marcábamos; pero ¡con cuanta mas claridad! Por un lado no nos ofuscan los resplandores del sol, ni por el opuesto tenemos que las tinieblas ahoguen el cuadro.

Así es que la vista se esperece à mayores distancias, y por momentos se enriquece el panorama, ora con una nueva y mas lejana cordillera, ya con una desapercibida población. Ejercitando à nuestro sabor las facultades que inmortalizaron à Colon, y que todos poseemos en mayor ó menor grado, nos lanzamos cada uno por un lado animados de noble emulación, y cuando M. L. con mal encubierto orgullo, me enseñaba los blancos muros de Valencia, yo, con fingida modestias, le pagaba con la vista de apenas perceptibles montañas "que, à poco que ayudara un buen deseo, podian admitirse como los Pirineos ó los Alpes.

La salida del sol nos proporcionó un nuevo placer. Gracias à Dios, no tuve jamás voca-

ción para ser de aquella celebre hermandad malagueña que sintetizaba su estoicismo en dos conocidos versos:

«Que nazca ó muera el sol, nada nos hace;  
Es preciso que muera lo que nace.»

Jamás el benéfico planeta se viera tan festejado por humildes mortales como lo fué por nosotros. Verdaderamente el espectáculo era magnífico, cuando elevando majestuosamente su refulgente disco y proyectando inmensa columna de fuego sobre la tersa superficie del mar, iba poco à poco dorando cuanto se presentaba en el circuito de tan dilatado horizonte. Llegó también nuestro turno de sentir sus tibios rayos, y este fué un nuevo gusto: pero habia otro que nos estaba reservado como colmo de fortuna en tan feliz expedición, y fué el presenciar un «espejismo.»

Para el que tenga idea de este admirable fenómeno físico, bastará la sola indicacion para que comprenda lo que disfrutamos en tan extraordinario sitio. Para los demás, convendría decir que esta singular reflexion que se produce en circunstancias no bien esplicadas aun, y merced al vapor de agua mas ó menos condensado en la atmósfera, da lugar á ilusiones ópticas las mas raras é interesantes. Es mucho mas comun en estensas llanuras y en

las orillas del mar que en otros sitios, y ya la reflexion efectuándose de un modo directo ha solido presentar su propia imagen á una caravana en el desierto y hacerla creer en la existencia de próximos compañeros que inútilmente se esforzaban por alcanzar, ya verificándose el fenómeno indirectamente ha hecho aparecer real la presentación de una escuadra inesperada y que verdaderamente se encontraba á muchas leguas de distancia. En las costas de las Híbridas es donde con alguna frecuencia se observan tan estrañas apariciones, y allí la imaginación débil de una población enfermiza suele referirlos á misteriosos acontecimientos que se les revelan así, alentando la vulgar creencia de que poseen ese estraño donde segunda vista («second sight») que tan caro les cuesta, pues que su ejercicio es á costa de la salud y aun de la vida.

El reflejo que nos fué dado observar era directo, y consistió en la imagen del pico mismo sobre el que nos encontrábamos, y nuestras propias figuras destacándose en dirección de la costa de Africa, sobre un fondo acercado semi-transparente. Las sombras fueron subiendo y prolongándose á medida que se elevaba el sol, y hubo momento en que no pudimos defendernos de cierto sentimiento de terror al considerar la prodigiosa altura que al-

canzaba nuestra ilusoria imàgen respecto del verdadero nivel de la tierra. La vision fué poco à poco perdiendo cuerpo, á medida que se prolongaba, y se disipó enteramente en el espacio de una media hora.

Bajo estas inspiraciones llevamos á cabo entonces un pensamiento para el cual veniamos preparados: era el de consignar un recuerdo de la expedicion, enterrando una botella bajo la única peña que existe en la pequeña meseta del pico de Veleta que contuviese una sencilla acta con la fecha y nuestros nombres; todo escrito con lápiz, por no tener otra cosa. Echo el escrito, y bien tapado el vidrio, lo enterramos cuidadosamente, depositándolo asi un recuerdo material en aquellos sitios, que probablemente nunca se borran de nuestra memoria.

Terminada la maniobra, nos sentamos á saborear el espectáculo, y asi permanecemos mas de dos horas. ¿Se querrá también de cuenta de todo lo que durante este tiempo pensamos y dijimos? Por mucho que se conceda à lo extraordinario de la situacion, me parece supuesto el lance, y un si es no achacoso á fastidio. Y sin embargo, ¡qué buenas cosas nos ocurrieron! un poco de todo. No parecia si no que asi como al abrazar en conjunto de arriba abajo una parte del mundo físico, que jamás

nos hubiéramos prometido ver sino en detalle y de abajo arriba, lo encontrábamos tan distinto como en realidad suelen ser siempre derecho y revés, así también, y por lo tocante al mundo moral, cambiaban nuestras apreciaciones de un modo raro y sorprendente. De ahí un juicio del todo nuevo y distinto, que pudiera llamarse de las alturas ó á vista de pájaro, cuya aplicación abajo debe ser siempre un desconcierto. ¡Cuantos errores y cuantos males por no comprenderlo así!

Esto me decía justamente L... haciéndome notar cuán poco avanzaban dos ginetes que iban por el camino de Loja; fija nuestra vista en ellos apenas se advertía que cambiaran de sitio, y eso que según ciertas sacudidas, apenas perceptibles, debían ir á galope. Pero también, decíamos, su tamaño real no es, como nos parece, igual á la cabeza de un alfiler; como tampoco los ríos son filetes de plata, ni los alamos tomillos, ni los palacios de Granada juguetes de Nurember. ¡Bajen, pues, al mundo los que del mundo traten y en él han de vivir, no se mantegan eternamente en los espacios imaginarios, adormecidos con esas misteriosas vibraciones que el vulgo llama con razón «músicas celestiales!»

¡Bajen los filósofos si quieren conocer la verdadera esencia de las cosas! Déjen desem-

barazada la escala, que so'o se hizo para que subieran los poetas. ¡Bajad tambien vosotros adustos moralistas, padres graves y severos, que pretendéis regular los pasos de la juventud! descended y acercaos para contar bien los latidos del corazón de nuestros hijos; le oiréis marcar un animado tres por cuatro, mientras os guiais por el vuestro, que marcha siempre á un majestuoso compás mayor...

Bajen los ambiciosos, esclavos marcados con el sello de la codicia; vean al través de la oscura nube que los envuelve, en las alturas de sus mentidos deseos, con dinero ó con poder, lo que van dejando en la subida. Las creencias del cristiano, la probidad y el honor del hombre, la pureza de la mujer, su respetabilidad todos, su corazón muchos... hagan luego una liquidación verdad, y digan lo que han ganado.

Bajen los grandes políticos, atentos siempre á lo que fué ó debería ser; nunca á lo que es. Bajen entre ellos los que por este ó el otro título, con tal ó cual denominación, se prestan al penoso sacrificio de administrar nuestra España. A estos, yo los admiro y venero; yo sé lo que les ha costado llegar á donde se encuentran, y comprendo cuán legítimos son sus títulos para que no se les desposea; yo sé toda la beatitud que disfrutan, lo bien que

desde arriba todo se arregla... pero ¡pardiez! nosotros también nos encontramos muy á gusto á las siete de una hermosa mañana de verano sobre el pico de Veleta, cuando el cielo está puro, la brisa es suave y el sol quema; y sin embargo, no pensamos detenernos mucho por mil y una circunstancias que seria prolijo enumerar... y tambien por miedo al «nublo» que decia Cristobal. Bajemos, pues, todos, que también para vosotros puede haber un «nublo» que, si hoy es chico lo ocurrido en un pais vecino, demuestra cuán pronto crece y se hace grande. Bajemos, señores, bajemos, y no quede atrás persona ni partido, que entre todos confeccionasteis un Código penal de un mérito y una moralidad admirables... «en las alturas,, y que abajo dá por resultado 600 homicidios anuales en Valencia, otros tantos en Málaga «etsio de coeteris;» ¿no es una gloria, tratándose de un país libre en el siglo XIX?

Diciendo y haciendo bajábamos real y efectivamente, no sin sentimiento, por dejar tan magnífica perspectiva. Nuestra gente lo tenia todo preparado para la marcha, y despues de un frugal ante almuerzo, la emprendimos á pié, recordando el viejísimo refran que dice:

«Para cuestas arriba quiero mi mulo;  
Que las abajo yo me las subo.»

Nuestro camino de regreso debía ser el

mismo que llevaríamos à la ida. Un momento pensamos cambiar de itinerario descendiendo por la vertiente oriental del Veleta con el objeto de buscar la vereda que conduce al pequeño lugar de «Capileira,» visitando de paso la mina que desde el pico habíamos divisado; pero esto requería un rodeo tal, que hubiera sido preciso dedicar otra noche à la expedición y quizá dar lugar à inquietudes entre los nuestros. Además, la visita de la mina era muy problemática, siendo probable la encontráramos cerrada y sola; nuestros guías tampoco sabían bien el camino, todo esto y un vago temor de deslucir, siquiera fuese con el mas pequeño contratiempo una expedición tan afortunada hasta aquel momento acabaron de formar nuestra resolución.

Volvimos, pues, à ver el pequeño y precioso lago junto al cual descansamos la vispera y por el mismo sitio pasamos el temible ventisquero que lo separa de la inmediata cordillera. No sé si con pena ó con alegría íbamos reconociendo los sitios y poniendonos de nuevo en contacto con la vida social... Allá, donde veníamos, habíamos vivido, no diré mejor, pero diferente de lo que es habitual allí à donde íbamos. No me atreveré, repito, à decidir si se perdía ó se ganaba en el cambio: ello es que volvimos à encontrar la manzani-

lla como primera señal de vegetación y nos acordamos de las tercianas... hagamos, pues, provision de manzanilla. Vemos de nuevo el franqueado valle y tuvimos un especial placer en seguir una de sus verdes cintas para reconocer el curso de las aguas. Esto nos condujo á sitios aun mas amenos que los que la vispera habiamos visitado.

Como por ninguna parte habia camino ni fácil ni imposible, haciamos rumbo como los navegantes en vista de alcanzar la quebrada que denominamos de «los perros», en recuerdo de los que nos habian sacado de apuros el dia antes; la pendiente mas suave ó las señales de variedad en la composición del suelo que convenia estudiar, decidian de la dirección. De este modo llegamos al indicado punto que por su eleevación fué considerado á propósito para trazar la segunda etapa. Se hizo la señal de reunion y se trató de pedir parecer. Los guias sin titubear dijeron no habia mas que recorrer la misma senda de la vispera es decir, decender hácia la àrida y estensa cuenca y atravesando los interminable, valles, emprender luego la subida hasta aquella primera falda del «cerro de los Caballos,» donde nos habiamos separado á la ida.

Nosotros juzgamos improcedente, cansado y fastidioso bajar para volver á subir y decidi-

finos faldear desde luego aprovechando los accidentes del terreno que el día antes habíamos estudiado tan prolija como desagradablemente. Decidido el no descenso en la dirección se decidió también en la postura, y protestando que agradeceríamos infinito à nuestra buena estrella que las mulas no se despeñasen, y que si tal sucedía fuese sin grave deterioro de las personas, se prosiguió la marcha alcanzando felizmente el término propuesto como una hora antes de lo calculado por los guías, mohinos y confusos de nuestro triunfo. Eran las once; apenas fatigaba aun el calor, se resolvió pues, no hacer parada, y por una senda también de nuestra invención, llegar para desayunarnos à una pequeña meseta que se divisaba dominando el puerto de «la peña del Diablo.»

La ruta que correspondía, según el camino del día antes, era la vertiente opuesta «à las platerías,» por el lado que esta vez seguimos, se pasaba por las platerías mismas. Llegamos algo cansados à la meseta; pero la perspectiva de verdaderos caminos que se divisaban à vista de pájaro confortó nuestros alientos de viajeros, y à la sombra que formaba un enorme trozo de roca que, semejante à uno de esos monumentos celtas, à que tan aficionados son los anticuarios, por el inocente placer de comprometer el ingenio de los profanos con la

pregunta, cien mil veces repetida de ¿cómo llevarían allí tan grandes piedras! á lo cual no sabe que contestar la inmensa mayoría de los no ingenieros mecánicos, decidimos descansar y dar el golpe de gracias á las provisiones.

Almorzamos opípara é imprevisoramente, dejando á cada cual, amos y guías, despacharse á su gusto como gentes á quienes todo sobras. Y por si los lectores gustan admirarse de ello variando sus emociones, les diré que nos fué imposible beber una botella del burdeos que habia quedado toda la noche dentro de un capacho, á causa de su terrible frialdad. Concluida la importante y grata operación, se renovó la discusion sobre el ulterior camino. Oído tambien el parecer de Cristóbal y comparada fué asi mismo desechado y marcando, el término del ramal de cordillera que allí mismo principiaba, se decidió cruzar por la vecina ladera, formando una recta que, segun cálculos, debía llevarnos en dirección de los Padules, que aun no se divisaban.

---

---

## VII

Si la vuelta de toda diversion es de suyo desanimada, aunque se trate de una corrida de toros, ejemplo, dicho sea de paso, harto frecuentemente citado para que nadie se atreva á desconocerlo, ¿qué ha de resultar de su relato? Mucho dudo que las noticias mas ó menos estensas que yo pudiera dar detallando lo que resta hasta Lanjaron, ofrecieran bastante interés para recompensar el trabajo de leerlas, nada digo del que yo me tomase escribiéndolas, porque este lo presto con gusto, desinteresadamente y en cumplimiento de mi deber de cronista.

Que vinimos á resultar por encima de Tablete; que el calor se dejaba sentir con la misma intensidad que el frio la noche anterior; que los «centenos» se nos hicieron interminables, pues los cruzamos diagonalmente en direccion á los baños y que, por último, cuando un sentimiento que à pesar de la benignidad

y dulzura que, como es sabido, caracterizan al hombre en general y muy especialmente á nosotros los allí reunidos, iba pereciéndose mucho al fastidio primero, á la impaciencia después, y sucesivamente al enojo, la desesperación y la rabia, que á todo esto puede dar lugar el paso de mulo, se apoderaba de nosotros, cuando fuimos agradablemente sorprendidos por la vista del siempre nuevo pabellon de la alberca mineral, y digo siempre nuevo, porque, segun saben los habituales concurrentes á las aguas de Lanjaron, es raro el invierno en que una de sus tormentas no arrastra el establecimiento de baños, con lo que su bondadosísimo director, señor Medina, se vé constantemente representando el papel de Sísife, papel que, por lo demas, no deja de cuadrar bien á su robusta apariencia en el órden fisico y á su incansable y benéfica actividad moral. Hé aqui todo lo que podia decirse, ya queda dicho.

Ha pasado aquella tarde..., y la noche siguiente... y parte de la otra mañana M. L. y yo nos encontramos de nuevo, la cara satisfecha y el ojo alegre: á ambos nos dice la conciencia que podemos aspirar al ingreso en cierta cofradia, cuyas contituciones prescribo en que.

A quien duerme veinte horas continuadas  
Se admita á campanas repicadas.

*Sierra Nevada*

9,

En tan buena disposicion de ánimo nos dirigimos á los varios circulos del pueblo á recibir plácemes y enhorabuenas; pero ¡oh decepcion! por todas partes hallamos un recibimiento frio y ceremonioso. Las caras que antes solo eran amarillas, segun el fondo de cada cual, se han tornado pardas las unas, azules las otras, verdes algunas. Si la curiosidad promueve una pregunta, á cada prueba de nuestra buena fortuna en la expedicion se tuercen diez gestos; en fin, los mas amigos se deciden á formular sus quejas: hemos sido unos egoistas en no querer esperar á que pase la crisis del uno y el aupamiento del otro; hemos gastado los dias buenos, y quién sabe lo que aguarda á quien emprenda ahora la subida. Este no se habia negado abiertamente á venir; aquel, solo podia pensarlo un poco; fulano estuvo listo despues de amanecer, y sutano entendió que la partida debia ser por la tarde y no de madrugada. En vano M. L. y yo apelamos á nuestra razon, citamos testos y aducimos pruebas; la gentes se exaspera mas cada vez y no se lo que hubiera sido de nosotros, si el buen Medina no me hubiese llamado desde fuera.

Nada estraño Vd., me dice, precipitadamente; se han puesto fuertes las agua, lo acabo de reconocer, y precisamente cuando mas obran y mas beneficios producen, es cuando la bilis

propende mas à exaltarse. Si yo abandonara á esta gente se matarian hoy pero, como de costumbre en estos casos, vengo prevenido y sin que ellos se aperciban... ya vera Vd.

—¡Señores! esclama entrando de repente; los que quieran ver el coloso de los mares, el prodigio del siglo, el LEVIATHAN, en fin, que corran hácia la fuente de la Salud.

—¡El LEVIATHAN! esclaman todos llenos de asombro.

—Pero... es imposible, añade bien pronto uno de los mas atacados; si el parte telegráfico de Granada que acabo de leer dice justamente que habiendo estallado una de sus calderas habia vuelto á subir el Témesis... y luego á tal distancia... y en fin, ¡á qué, ni cómo, habia de llegar por aquí? ¿cómo habiamos de divisarlo tampoco si de niugun punto del pueblo se apercibe el mar?

—Pues ahí verá Vd., repone Medina con majestuoso aplomo.

Irreflexivamente se ha levantado el mayor número, tomando la direccion indicada; yo me acerco á Medina y le digo:

—Es que van á devorarle á Vd. asi que reconozcan el engaño.

—¡Bah! me contesta; así que los pille en la fuente de la Salud, y les haga beber un par de vasos, mientras suben al mirador, son ya



mios. Repare usted que los mas exaltados son los que están tomando el agua de la CAPÚCHINA; pues bien, esa escitacion tiene su correctivo en la fuente de la Salud, ayudada del ejercicio.

Todo sucedió á pedir de boca. Medina hizo beber cuanto le pareció á aquella buena gente, y á costa de una insignificante disputa sobre si la nube que entre dos lejanos montes se divisaba era ó no el mar, y si su privilegiada vista le permitia distinguir perfectamente el colosal barco, salió del compromiso.

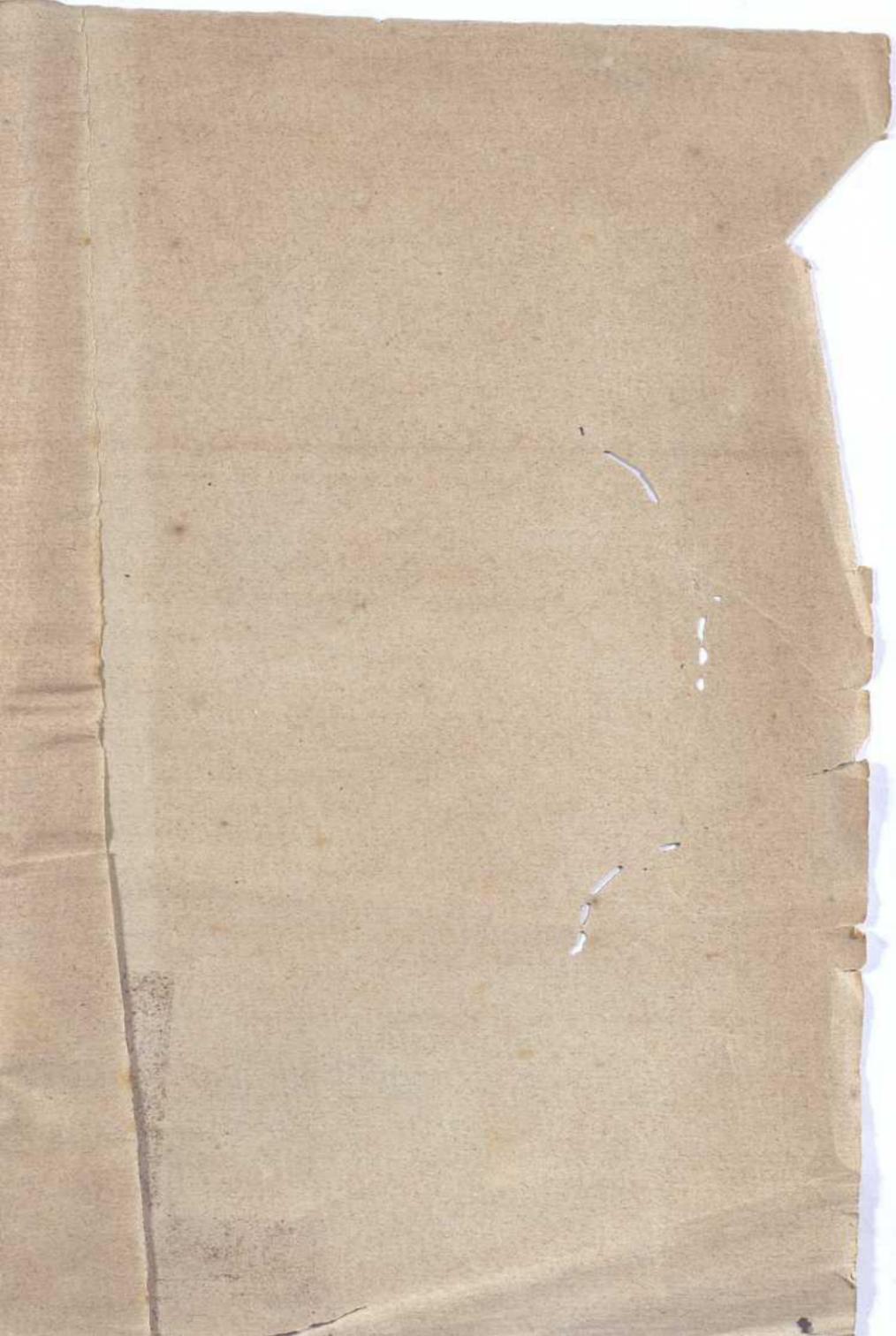
En cuanto á M. L. y yo, hubimos de comprometernos á otra espedicion para el año venidero, no solo al Veleta, sino tambien al Muley para visitar las interesantes ruinas que sobre la cumbre de este último ya queda dicho existen.

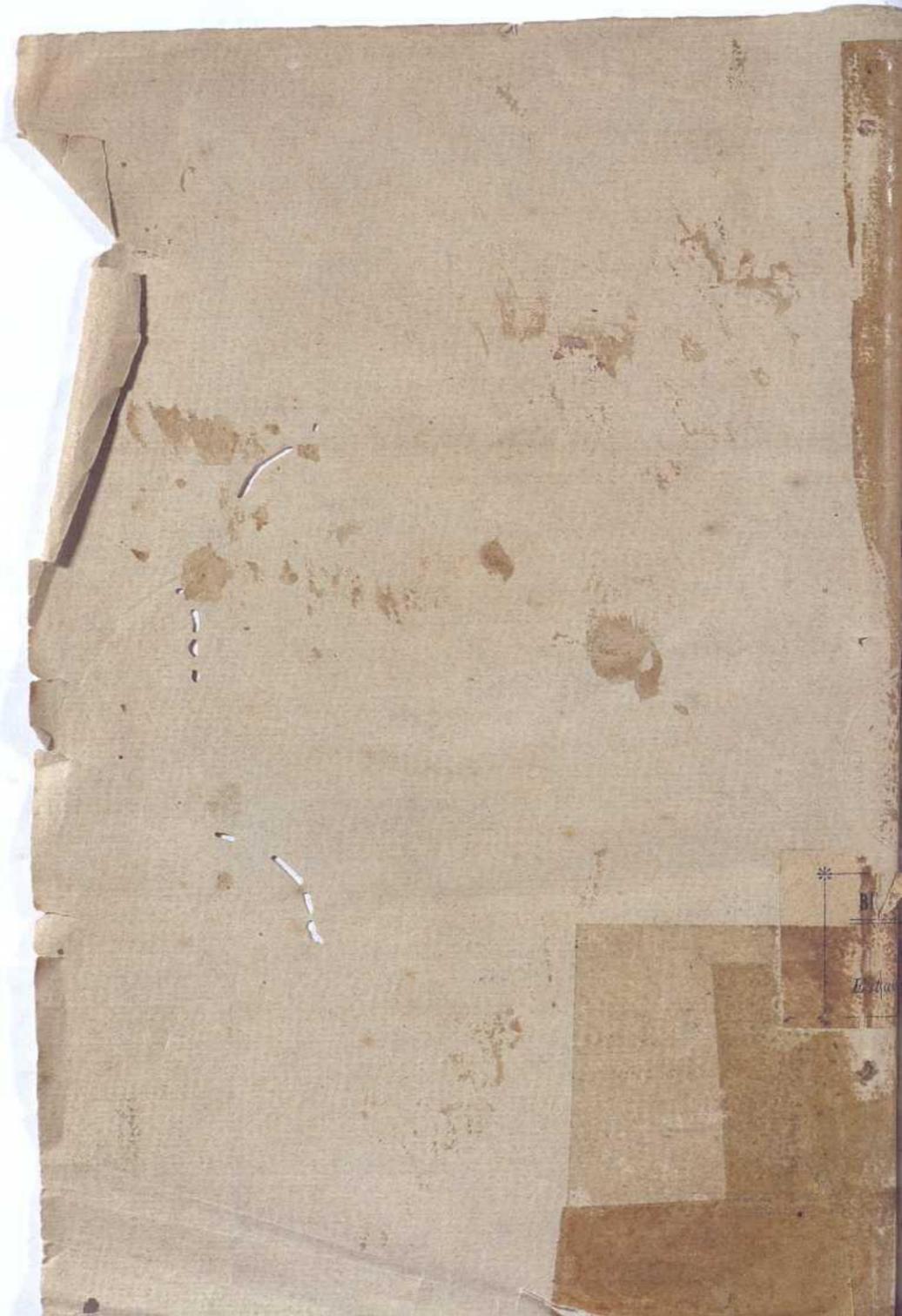
Pero ha pasado el plazo, y en vez de realizar nosotros esta visita, hemos recibido una del cólera ¡terrible y angustioso combate del que nadie ha escapado sin herida!

Una razon mas á favor de los almanaquistas de por aqui, que cierran sus juicios del año con una fórmula, que sobre ser cristiana y filosófica, no exige un trabajo muy violento de imaginacion «Dios sobre todo.»

Málaga, Diciembre, 1860

FIN













FAN  
XIX  
105